

Autora: Aylén Escalante

Los ojos de Elena

Son las 10:15 de la mañana. Llego a la plaza Mariano Moreno. Se escuchan pájaros y vendedores ambulantes. El micro que nos llevará ya está ahí, esperándonos. El mástil es nuestro lugar de encuentro. Algunas mujeres conversan, unos niños juegan, un hombre se acerca a preguntarle algo al chofer. Yo me siento un rato al sol a esperar. Al lado mío hay un monumento a los veteranos de Malvinas.

Llegan las guías. Se nos acercan, saludan y revisan nuestros nombres en sus planillas. Nos subimos al micro y comienza el circuito.

— Si miran a la izquierda se encuentra el Instituto Fahy, una escuela técnica agraria y católica, fundada por la comunidad irlandesa. Allí vivió por un tiempo Rodolfo Walsh — menciona una de ellas.

— ¿Todos saben quién fue Rodolfo Walsh? — pregunta la otra.

Desde los primeros asientos del colectivo se visualiza una pequeña mano, estirándose para ser vista y escuchada.

— Rodolfo Walsh escribió una carta porque le habían matado a su familia en la dictadura, y como sabía que se lo iban a llevar, llevó su pistola y murió peleando en la calle — comenta una niña de unos siete u ocho años.

Llegamos a La Pastoril, caminamos todos juntos por un camino de piedras. El mismo por el que entraron, con los ojos vendados, los militantes del PRT-ERP hace ya 50 años. Al ingresar a la casa, el recorrido comienza con una contextualización histórica. Conversamos y leemos colectivamente datos sobre cómo fue la dictadura. Luego nos reunimos en una sala en la que hay información específica de lo que sucedió ese 29 de marzo de 1976, y todo el camino que se transitó hasta llegar a los juicios por la masacre. Nos cuentan que entre los detenidos había un niño llamado Eduardo, que fue secuestrado por un comisario y obligado a realizar actividades de reconocimiento. Y que a los militantes que huyeron los ayudaron a salvarse los propios vecinos de La Reja, dándoles agua, limpiándoles heridas, guiándolos y prestándoles bicicletas para que pedaleen a la estación del tren.

La primera vez que escuché de este lugar tenía 17 años. Me encontraba investigando sobre acontecimientos y lugares importantes de Moreno para un trabajo práctico de Historia, y un docente me comentó lo que había sucedido ahí. No logré encontrar más que unos pequeños fragmentos en internet, pero algo quedó en mi mente ese día: ¿cómo puede ser que no conozca la historia del propio territorio que habito?

Casi a mitad del recorrido ingresamos a la sala inmersiva. Nos encontramos con fotos de los asesinados y desaparecidos de La Pastoril, y unos auriculares por los que escuchamos su historia. Yo me paré delante del rostro de María Elena Amadio.

Empieza la narración. Voy conociendo su vida mientras la miro. Me da la sensación de que sus ojos también me devuelven la mirada.

Una voz me cuenta que Elena nació el 31 de octubre de 1944 en Rafaela, que estudiaba en la universidad, trabajaba y al mismo tiempo maternaba a su pequeño hijo, Raúl. Fue antropóloga, historiadora, periodista, docente universitaria y traductora.

Me cuesta seguir mirándola a los ojos.

La voz continúa contándome de su militancia, sus actividades periodísticas en el PRT y su historia de amor con su compañero, Carlos Gabetta.

Comienzo a lagrimear. Por momentos ya no sostengo la mirada.

La voz finaliza — el 29 de marzo, al intentar escapar, recibió un disparo en la pierna que le

impidió continuar. Fue asesinada y enterrada como NN en el cementerio de Santa Coleta. Me saco los auriculares y decido verla a los ojos una última vez. La habrán asesinado sin ver su rostro, pienso. Y hoy elijo recordar su mirada, su nombre y su historia.

Me quedo por un momento en una pequeña sala que tiene información sobre los logros en derechos humanos en Argentina, algunas actividades didácticas y cuadernos con las historias de cada uno de los asesinados. Espero que una mujer suelte el de Elena para leerlo. Tiene una foto distinta a la que había visto unos minutos antes. Ya no la veo en blanco y negro. Sus ojos están entrecerrados, su sonrisa abierta, y sus manos sostienen y abrazan a su hijo, que también sonríe.

Este lugar sirve de nexo con otras salas y espacios. Entre ellos, la sala de infancias donde hay muñecas jugando y leyendo libros que habían sido prohibidos. También está cerca la puerta trasera que había funcionado para ejecutar el plan de fuga. En su extremo superior una pequeña abertura me permite ver unos árboles y algunos reflejos del sol. Más arriba un cartel informa: “Esta pequeña puerta, símbolo de la liberación, aún conserva su estado original”.

Comienzo a “jugar” con una actividad lúdica que se llama “girar para no repetir”: unos cuadros que tienen una pregunta y al girarlo está su respuesta. Una pregunta era: ¿qué rol tiene la comunidad en la memoria? y al girarlo encontré: La comunidad sostiene la memoria de forma colectiva: transmite testimonios, impulsa señalizaciones en los territorios, exige verdad y justicia para que las violaciones de derechos no se repitan nunca más.

Antes de marcharnos, decido caminar por el patio de la quinta. Árboles repletos de hojas, plantas que aún conservan sus flores, el pasto perfectamente cortado. Solo el frío me avisa del otoño. Veo una serie de placas con testimonios de sobrevivientes y vecinos. Mientras me acerco, escucho la voz de un niño leyéndole lentamente una a su familia. Las placas confirman lo que nos habían dicho unos minutos antes: hubo una comunidad de vecinos que eligió ayudar a unos desconocidos que huían de la muerte.

Al rato nos llaman a todos. Es la despedida. Debemos continuar hacia el siguiente destino. Nos sacamos una foto, aplaudimos. Miro la casa por última vez, y vuelvo a caminar por el recorrido de piedras. Un hombre se me acerca y me pregunta si ya nos vamos. Le digo que sí.

— Estoy muy orgulloso de formar parte de esto — me dice.

— Qué importante saber la historia del lugar que habitamos — le digo a él, pero también se lo reafirmo a la adolescente que fui, y a la adulta que soy hoy.

De chiquita siempre me dieron miedo las fotos de desconocidos, y más si eran antiguas. Lo primero que pensaba era: estas personas deben estar muertas. Y un poco mi angustia cuando entro a un cementerio tiene que ver con eso. Allí cada placa y cada foto me dice que efectivamente esa persona está muerta.

Hace bastante tiempo que no iba a uno. Al ingresar al Cementerio Municipal de Santa Coleta con lo primero que te cruzás es con una capilla, luego con los mausoleos de las “grandes familias” del distrito, y después con las demás tumbas.

Llegamos en horario de visita. Había familias arreglando las tumbas, decorándolas y otras sentadas en silencio en algún banquito. Siempre me llaman la atención los elementos que los seres queridos les colocan al lugar donde descansan sus difuntos, y que representan alguna característica especial de lo que esa persona fue: un dibujo, una frase, una prenda de vestir, un escudo de un equipo de fútbol.

Unas niñas limpian una lápida. Un hombre sentado cerca las mira en silencio. Me imagino que el hombre es su papá y que la tumba que visitan es la de su madre. Pero yo solo lo imagino.

Pienso que ellas sabrán quién es él, quiénes son ellas, a quién visitan y, tal vez, qué le pasó a quien visitan.

Llegamos al Jardín de la Memoria, un área del cementerio donde se encuentra una placa de hierro con los 21 nombres de las personas asesinadas en 1976 y enterradas clandestinamente como NN. De ellas, 12 fueron identificadas por el Equipo Argentino de Antropología Forense. Allí está el nombre de Elena Amadio, pero sus restos ya no. Hoy descansan en el Cementerio de la Chacarita, con una lápida en la que se lee su nombre junto a la frase “vivió, luchó y murió por la alegría”.

Me retiro mientras veo a la gente llegar. Jóvenes de la mano y familias sentadas alrededor de las tumbas de sus difuntos. Ya no siento incomodidad al ver fotos de desconocidos. En ellas encuentro la importancia de que te recuerden y que te identifiquen, aun cuando ya no estás. Subimos al micro que nos deja nuevamente en la plaza, nuestro lugar de encuentro, y el de tantos otros. Nos despedimos, y me voy caminando hacia las escaleras de la estación de Moreno, mientras de fondo suena la melodía de una canción que no conozco, pero siento que me gusta, que canta un artista cerca del mástil. Subo unos escalones y veo que en otra escalera hay un pañuelo blanco pintado con la frase “Son 30.000. Fue genocidio”.

Vuelvo la mirada hacia adelante y sigo mi camino, esta vez recordando los ojos de Elena.